

## II

No puedo dejar todavía de la mano al señor obispo de Linares.

Sería demasiado poco un artículo para tantos yerros literarios como los del señor Montes de Oca, y hay que segundar.

Aunque no tengo á la vista el libro de los *Ocios poéticos* de *Ipandro Acaico*, publicado en Méjico en 1878, conozco algunos de ellos, reproducidos, naturalmente, en la *Ilustración Española y Americana*.

Por ejemplo:

### «AL PAPAGAYO DE CORINA.»

Es una elegía en tercetos prosaicos y cursis, cuyo sólo título tira de espaldas.

¡Un señor obispo cantando *al papagayo de Corina!*...

Después de la dedicatoria á D. Juan Valera—tal para cual,—comienza á lloriquear el señor obispo en esta mala forma:

«El loro que á las Indias Orientales  
Debió Corina, ha muerto. ¡Aves dolientes,  
Venid á celebrar sus funerales!...»

¡Qué bonito! Hablar en broma de los fune-  
rales, aplicándolos á un pajarraco...

Y si es en serio, peor todavía.

Continúa el poeta dirigiéndose á las aves  
dolientes y las dice:

«Las plumas arrancad de vuestras frentes,  
De cabellos en vez, y las mejillas  
Desgarren vuestras uñas inclementes.»

De cabellos en vez... Y luego las mejillas...  
de las aves...

Y á esto lo llamará buenamente el señor  
obispo *belleza griega*...

A cualquier cosa... etc.

Sigue:

«Del imario tirano ¿qué te inquieta  
¡Oh Filomena! el crimen?...

¿Que quién es el imario tirano?... ¡Cual-  
quiera lo sabe!...

«Del imario tirano ¿qué te inquieta  
¡Oh Filomena! el crimen? De tu llanto  
Há tiempo la medida está *repleta*...»

Querrá usted decir que está llena, y tam-  
bién á los lectores y á mí se nos van llenan-  
do ya las nuestras respectivas.

Digo que habrá querido usted decir *llena*,  
porque es un disparate decir que una medida  
está *repleta*, pues repleto es lo que está á más  
de lleno apretado, y ni los líquidos, ni los ári-  
dos se aprietan en la medida.

La Academia en su Diccionario pone como  
ejemplo de lo que está repleto «el cuerpo  
humano muy lleno de humores ó de comi-  
da», y claro es que las medidas que son de pa-  
redes rígidas no pueden estar *repletas* así.

Vamos adelante:

«A pájaro *sin par* el triste canto  
Hoy consagra no más...»

Donde ya no se sabe si quiere decir á la Fi-  
lomena que no consagre al pájaro *sin par* más  
que el triste canto, ó que no se le consagre  
más que hoy, ó que no consagre el triste can-  
to más que al pájaro.

«A pájaro *sin par* el triste canto  
Hoy consagra no más. De *Itis la muerte*  
Motivo es ya muy viejo á tu quebranto...»

Y así continúa el señor obispo tan cam-  
pante, haciendo tercetos que nadie ha de en-  
tender, ni leer apenas.

Pues tiene un soneto á un cupido de cera,  
que es lo que hay que ver, ó mejor dicho, lo  
que hay que no ver, no siendo por necesidad  
ineludible.

Está dedicado á Menéndez Pelayo, de quien

digo lo mismo que de D. Juan Valera, tal para cual, y es como sigue:

## EL CUPIDO DE CERA

—¡Qué bello amor de *trasparente* cera!  
¿Cuánto quieres, pastor, por tu cupido?  
—Tómalo desde luego...»

¡Hombre! Esto se parece á lo del tío Cantimplora, cuando llevó la mujer á vender á una feria.

—¡Aquí, aquí!—gritaba el tío Cantimplora.—¡Aquí, al barato!

—¿Qué vende usted, buen hombre—le preguntó uno, extrañando no ver á su lado ninguna mercancía.—¿Qué vende usted?

—La mujer, buen amigo—le contestó el tío Cantimplora.

—¿Cuánto quiere usted por ella?

—¡Buen provecho le haga!

Así hace el vendedor del Cupido de *Ipandro*:

—«¡Qué bello amor de *transparente* cera!  
¿Cuánto quieres, pastor, por tu Cupido?  
—Tómalo desde luego. Sólo pido,  
Señor, lo que tu mano darne quiera.  
Decirte debo la verdad entera:  
Ni artista soy ni su escultor he sido;  
Mas mi *revuelto* hogar del Dios del Gnido  
La *ingrata* sociedad ya no tolera.....»

A todo lo cual llaman los académicos ame-

ricanos poesía, lo mismo que los académicos peninsulares.

Continúa el soneto:

«Ten esta dracma y al gentil infante  
Pon en mis brazos. Aunque artero y ciego,  
Compañero lo haré *fiel y constante*.»

¿Fiel y constante?... ¡Ah, ya! El señor obispo quiere hacer decir al comprador que será fiel y constante compañero del Cupido; pero se lo hace decir al revés, que es como los académicos suelen decir las cosas.

Bomba final:

«Ven ¡oh Cupido! abrázame en tu fuego  
O á las voraces llamas *al instante*  
Tu *débil* forma á derretirse entrego.»

Bueno. ¿Y la sustancia del soneto, cuál es? Ninguna, no la tiene; pudiendo decirse que en él no sale el pensamiento, como no salió el argumento en aquella obra dramática que decía el baturro.

Y luego la forma... ¡Ah! es un encanto. Griega enteramente.

Pero donde hay que estudiar al señor Montes de Oca es en la traducción de los idilios de Teócrito, Bión y Mosco, que ha publicado con el título de *Poetas bucólicos griegos*.

De esta obra tengo á la vista un ejemplar de la segunda edición, impresa en Madrid en 1880, con tres prólogos; el primero

de Marcelino, el segundo de un señor don Miguel A. Caro, y del autor el tercero, en forma de carta á nuestro conocido y flagelado académico correspondiente D. José María Roa Bárcena.

De entre las muchas bobadas que dice Marcelino en su prólogo, merece citarse la de llamar *prosaicos, desaliñados é insufribles versos sueltos* á los... no crean ustedes que á los de *Ipandro* ni á los suyos, no: á los de don José Antonio Conde.

¡Anda, hijo, que buen callar te pierdes!

Porque los versos de Conde sí son malos; ¡pero los tuyos!.....

Al concluir dice Marcelino que *Ipandro es verdadero poeta*.....

No, hombre, no. ¡Qué ha de ser verdadero poeta! Ni verdadero ni falso; porque no es poeta de ningún modo.

Falso poeta sería el que pudiera confundirse á primera vista con un poeta verdadero. Pero á este *Ipandro* no se le puede confundir ni un instante con ningún poeta.

Con quien únicamente se le puede confundir es con Marcelino, que no es poeta tampoco.

Quedamos en que *Ipandro* no es ni siquiera falso poeta. No. Los *diamantes americanos*, aunque son falsos, brillan un poco. La llamada poesía de *Ipandro* no parece poesía ni á primera vista.

Por eso hace tan triste papel, aunque Mar-

celino diga que *sale airoso de todas las dificultades*.

En el segundo prólogo, á vuelta de otros muchos disparates de varios tamaños, se encuentra uno con esto, que tiene gracia:

«Quien sepa que hay en Méjico un obispo que cultiva la poesía clásica y pulsa la lira castellana, se acordará inmediatamente de Valbuena.....»

No crean ustedes que el Valbuena cuyo recuerdo cree el prologuista que ha de suscitar *Ipandro*, sea este á quien tienen ustedes la amabilidad de leer. No: eso no tendría nada de extraño. Porque es natural que, quien lea los versos de *Ipandro Acaico*, los encuentre dignos de ser solfeados y se acuerde de quien ha puesto tantos en solfa.

La gracia está en que el prologuista se refiere á don Bernardo de Valbuena, cuyo recuerdo no puede suscitársele á nadie *Ipandro Acaico*.

A no ser por el contraste.

Pues no puede haber otra relación entre la sequedad prosaica y ripiosa del obispo de Linares y la lujosa fecundidad poética del obispo de Puerto Rico.

Pero vamos al grano.

Hace *Ipandro* hablar á Tirsis en el primer idilio de Teócrito, diciendo:

«¡Cuán dulce es el susurro de este pino...»

El verso no puede ser más pobre; y sin embargo, el autor hace una llamada y en la nota correspondiente dice:

«Hay en el original una hermosa onomatopeya... He procurado trasladarla al castellano, y lo he conseguido...»

¡Caramba! ¡Dios le conserve á usted la... modestia!...

Porque, lo que es mal poeta lo es usted, pero vanidoso también.

«¡Cuán dulce es el susurro de este pino  
Que junto al claro manantial resuena!  
Cuán dulce de tu *avena*  
Es, oh Cabrero, el...»

No crean ustedes que va á decir el sabor, ni que al decir *avena* habla de la gramínea de este nombre. No; habla de un instrumento que se llamaba *avena* en latín, y él le llama también *avena* en castellano.

«¡Cuán dulce de tu *avena*  
Es, oh Cabrero, el *modulado trino!*...  
Después de *Pan divino!*...»

¡Señor Montes de Oca!...

*Pan Divino* llamamos los católicos á Jesús sacramentado.

Y teniendo entre nosotros esas dos palabras, así juntas, uso tan frecuente con aplicación tan sublime, el emplearlas, como usted

lo hace, refiriéndolas de un falso Dios, me parece una grandísima irreverencia.

¿Se convence usted de que era mejor no traducir esas cosas?

Siga usted:

«Después de *Pan divino*  
Tendrás el mayor premio. Si un carnero  
(¡Qué asonante más fiero!)  
Acepta vuestro Dios, será tu prenda  
Una *fecunda* cabra; y si en ofrenda  
Él recibe una cabra, entonces quiero  
Donarte una cabrita:  
(¡Ay, cuánta *simplecita!*)  
Que su carne, *primero*  
Que la hayan ordeñado, es *exquisita.*»

¡Ah! ¿Usted cree que se ordeña la carne?... A lo menos la sintaxis quiere que usted lo crea.

Habla el cabrero, es decir, *Ipandro* en nombre del cabrero:

«Si las *perias* ninfas  
En regalo una obeja recibieren,  
Te ofreceré *sencillo*  
*Nevado* corderillo  
(¡Bien, hombre! ¡Qué monillo!)  
Que el seno de la madre aún no deja.»

Es decir, que todavía no ha nacido... Tras de ser duro el verso, contener ese solemne disparate.

Continúan los dimes y diretes; *Tirsis* pide al cabrero que cante; el cabrero se excusa di-

ciendo que no puede hacerlo á mediodía porque está Pan echando la siesta, y añade:

«Su cólera tememos, que es terrible  
Cuandó la ira lo embarga  
Y tiene en la nariz bilis amarga...»

¡Hombre! ¿Bilis en la nariz?... ¿Y amarga precisamente? Eso me parece un descubrimiento.

¿Pero será verdad que el dios Pan tiene la bilis en las narices?...

Habrá que preguntárselo á los conservadores liberales, que, como es su Dios, le deben de conocer mucho.

Adelante:

«Mas tú (que el fin *sensible*  
¡Oh Tirsis! y el amor *infortunado*  
De Dafnis bien conoces, y has llegado  
De los metros *bucólicos al colmo*...)»

Usted sí que llega al colmo... de los prosaísmos y de las confusiones.

«Y si tan suavemente modulares  
Como aquella ocasión...»

¡Ah! ¿Una ocasión modulaba?...

No. Quiso decir que el pastor había modulado en otra ocasión, en aquella... Pero el *en* no le cupo en el verso, y... resulta la ocasión en nominativo, modulando...

«Y si tan suavemente modulares  
Como aquella ocasión...  
Tres veces ordeñar podrá tu mano  
Una cabra que tengo, *con dos hijas*,  
Y que aunque dos cabritas *amamanta*...»

(No, señor; la cabra no amamanta: deja mamar.)

*Le sobra leche tanta  
Que llena cada día dos vasijas.*»

¿De qué cabida? Porque según sean las vasijas, puede esa *leche tanta* ser mucha ó ser poca.

Habla luego de un vaso de cera con esculturas, y dice:

«A diestra y á siniestra  
Hay dos *elegantísimos varones*  
Disputando *con ásperas razones*...»

Pero, ¿se conoce la aspereza de las razones en la escultura?

¡Bah! Siendo *elegantísimos* los *varones* para llenar el verso, también la disputa ha de ser con *ásperas razones* para servir de consonante.

Y luego:

«Indiferencia muestra  
(*Será alguna maestra.*)  
*Ella, y ya al uno* sonriendo mira,  
Ya vuelta al otro *plácida suspira*...»

«Ella, y ya al uno...» ¿Es esta la forma griega?...

Será esta otra:

«...y díle en recompensa  
A más de un bello queso (enorme disco,  
De blanca leche densa...)

¡Un bello queso!... ¡Qué bellezas encuentran estos clásicos!

Y continúa:

«El rico vaso aún no tocó mi labio  
Intacto lo conservo  
(¡Qué verso ese de arriba más protervo!)  
Sin el menor resabio...»

¿Y quién había de tener el resabio? ¿El vaso, ó el pastor?

Esto, señor Montes de Oca, se parece á lo de Pepe Carulla, el terco profanador de la Santa Biblia, que, para decir que Jacob llegó verbigracia á la Mesopotamia, dice que llegó *sin infamia*.

Usted habla de un vaso que aún no tocó al labio, ó que aún no ha sido tocado por el labio (pues con la sintaxis especial del académico pueden ser las dos cosas), y para aconsonantar, dice: sin el menor *resabio*.

Empieza *Tirsis* la canción, y traduce *Ipan-dro* el tema de este modo:

«A Tirsis el del Etna veis delante,  
Y esta de Tirsis es la voz sonante.....»

Pero si no fuera sonante, ¿sería voz?  
¡Señor Montes de Oca!... Mire usted que eso es muy ridículo.

Más adelante se encuentra este verso:

«Tu pecho férvido arde.»

¿Le parece á usted que eso puede ser un verso heptasílabo?...

No, señor; ni éste que sigue es endecasílabo:

«De triunfar del flechador Cupido.»

¿Y por qué traduce usted así este estribillo:

«Musas del alma mía,  
Ya terminad la agreste melodía?»

¿No estaría mejor *terminad ya?*  
Una estrofa empieza:

«De las espinas nardos  
(Nas-nar... ¡qué oído tienen ciertos bardos!)  
De las zarzas violas.....  
Peras produzca el pino.....»

El pino, si no produce peras, produce piñones. Por eso hubiera sido mejor decir el olmo, que no produce fruta ninguna y que es del que se dice que no da peras, ó que lo mismo es pedírselas que pedir poesías á quien yo sé y usted no ignora.

Y dice el cabrero:

«Ojalá que tu boca *regalada*  
Bañar en miel pudiera *refinada*.»

¡Es claro! A *regalada*... *refinada*.  
Al comenzar el idilio segundo dice *Ipandro*:

«Tráelos aquí, Testilis; de cordero  
Con *purpurina* lana....»

¿Pero hay corderos encarnados?

Más adelante, para concertar con *sepulcros*,  
llama *pulcros*... ¿á qué dirán ustedes?... ¿No  
dan en ello?... Pues á unos mastines menores  
de edad.

Véase la forma:

«...y á hécate pavorosa,  
Que so la tierra habita,  
Y cuando entre la sangre y los *sepulcros*  
Gira, terror excita  
En los mastines y cachorros *pulcros*.

El estribillo de la canción de una mujer  
desdeñada que quiere recobrar por medio de  
filtros y hechizos el amor de su marido, le tra-  
duce *Ipandro*:

«Haz retornar al pérfido, *pezpita*,  
Que mis amores y mi casa evita.»

*Pezpita* diz que es un pajarucho.

Y sigue diciendo la desdeñada:

«Hay en Arcadia venenosa planta;  
Hipómanes la llaman los donceles,  
Y tiene fuerza tanta  
Que hace bajar del monte á los corceles.  
¡Ah! La virtud oculta de su tallo  
Haga que la palestra *resbalosa*  
Abandone mi *indómito* caballo  
Y torne Delfis á su amante esposa...»

¡Mire usted que eso de llamar una mujer  
á su marido su caballo es una imagen... de  
caballería! ¡Qué delicadeza, señor obispo! ¡Y  
qué finura! ¡Y qué castidad!...

Adelante:

«Y tú, Textilis, hija  
Toma *por el momento*  
Los venenos *letales* que he mezclado  
Y ve á ungir el umbral de su aposento,  
Ese umbral á que tengo todavía  
Mi corazón atado...»

¿Con ronza!

Porque estar atado al umbral de una puer-  
ta, mejor que á un corazón me parece que le  
cuadra á un burro.

Otro verso dice:

«Y me invitó con *replicado* ruego»

¿Replicado?... Ni siquiera se ha enterado el



señor obispo de Linares de lo que es *replicar*.

«Uno y otro tornaba...»

¡Qué *sintaxis*!

«El corazón turbarme *fué todo uno*...»

¡Qué *endecasílabo*! Como no se diga *todo uno*...

Otras varias perlas *ipandrianas*:

«A *marañas* caía...  
Y que la *nieve* más *helada* y *tiesa*...  
Inmóvil mi *simpática* figura...  
(*Basta que tú lo digas criatura.*)  
Esta noche *mismísima* en tributo...  
(¡Ay qué *superlativo* tan... *bonuto*!)  
Trayéndote en la *falda*  
De mi *flotante* *veste*  
Manzanas mil de *Baco* hermoso *fruto*...»  
(*Que es un ripio más malo que la peste*  
*Y más viejo que Cheste,*  
*Diez años anterior al escorbuto.*)

Otra *pitada*:

«Hace á la *virgen* el *hogar paterno*  
Abandonar *furiosa*,  
Hace Amor á la *esposa*  
Huir del lado de su *esposo tierno*.»

Será al revés, señor obispo; ó si no, ¡valiente amor será!

Bien que para hacer á la doncella abandonar *furiosa* el *hogar paterno*, claro es que ese Amor con A grande que usted canta, es un amor desenfrenado como el de las bestias.

¿No estaría mejor este señor obispo predicando, ó rezando, ó aunque fuera durmiendo?...

« En fin, ¡oh luna amiga!  
¿A qué cansarte ya con mis amores?  
Permite que mi canto no prosiga...»

—¡Qué felicidad!—me figuro que dirán ustedes, porque lo mismo dije yo.

Pero tuve que arrepentirme en seguida, porque *Ipandro* también se volvió atrás, y después de haber prometido no proseguir, prosigue de este modo:

«Satisfecho de entrambos el deseo,  
Nos unieron los lazos de *himeneo*.»

¿Verdad que le era mucho mejor no haber proseguido, y así no hubiera puesto ahí esa... *verdura*?

Resolución final:

¿O de *cariño* falto  
Me ha olvidado el *cruel*? Bien: yo lo *asalto*  
Con *amatorios filtros por ahora*.»

Así, con llaneza.